

República de Colombia (Bogotá)

LA IGLESIA

Organo oficial de la Arquidiócesis de Bogotá

Año VII. Vol. VII.

Agosto 15 de 1912

Número 17

ENCICLICA

(*Lacrimabili statu*)

PIO X PAPA

A los Arzobispos y Obispos de la América Latina
Venerables hermanos, salud y bendición apostólica.

Profundamente conmovido nuestro predecesor ilustre, Benedicto XIV, por la desdichada suerte de los indios de la América Meridional, abogó por ellos con gravísimas razones, como lo sabéis, en las Letras Apostólicas *Immensa Pastorum*, publicadas el 22 de diciembre de 1741. Llamamos vuestra atención hacia dichas Letras, por cuanto lo que él deploraba, eso mismo tenemos que deplorar el día de hoy en muchos lugares. Entre otras cosas, quejábase el Papa Benedicto de que, no obstante lo mucho que la Silla Apostólica había trabajado para aliviar la miserable suerte de los indios, hubiese toda-

vía "hombres que, aun profesando la fe ortodoxa, como si se hubieran olvidado por completo de aquella caridad que el Espíritu Santo ha difundido en nuestros corazones, se atrevían a reducir a la servidumbre a los desgraciados indios, o a venderlos como esclavos, a despojarlos de sus bienes, a tratarlos con inhumana crueldad, y no sólo a los que carecían de la luz de la fe, sino a los que habían sido regenerados con el sagrado bautismo, impidiéndoles de esta suerte el abrazar la fe de Cristo, o afianzándolos fuertemente en el odio que ya la profesaban."

La peor de estas indignidades, o sea la esclavitud propiamente dicha, fue luego desapareciendo paulatinamente, por la misericordia de Dios; en el Brasil y en otras regiones fue públicamente abolida, merced a los maternales ruegos que la Iglesia dirigió a los egregios varones que gobernaban aquellas Repúblicas. Y confesamos de buen grado que, a no haber sido por los numerosos y graves obstáculos que el asunto y las circunstancias de los lugares opusieron, los designios de los gobernantes hubieran dado resultados incomparablemente más provechosos. Si algo se ha hecho ya en favor de los indios, mucho más queda aún por hacer. En verdad, cuando reflexionamos en los crímenes y maldades que contra éstos se cometen, nos

horrorizamos sobremanera y sentimos intensa compasión de su lastimoso estado. Porque, ¿no será el colmo de la barbarie y de la crueldad, el que por fútiles motivos casi siempre, y no raras veces como por mero instinto de ferocidad, azoten a los indígenas con hierros candentes, o los asalten y aprisionen para asesinarlos por centenas o millares, o les devasten sus caseríos y aldeas y los pasen luego a cuchillo, de modo que en pocos años, según se nos ha dicho, han quedado casi extinguidas algunas tribus? Mucho vale ciertamente la codicia del lucro para encruelecer los ánimos, y no poco contribuyen a esto mismo aun el clima y el sitio de las comarcas. Ahora bien: por demorar aquellas regiones en las zonas cálidas, en donde se embota el vigor del espíritu y como que flaquea la virtud; por hallarse tan lejos de los auxilios de la Religión, de la vigilancia de la República y aisladas de la vida civil, fácilmente acaece que las gentes que allá llegan, si no son de costumbres depravadas, en breve comienzan a pervertirse, y después, rotos los vínculos del derecho y del deber, se entregan desenfrenadamente a los vicios. Ni se detienen siquiera ante la delicadeza de la edad o del sexo: da vergüenza mencionar las torpezas y delitos perpetrados en la adquisición y tráfico de mujeres y de niños, pues a semejantes crímenes les van muy en zaga los últimos excesos de la corrupción pagana.

Cuando tuvimos noticia de tales abominaciones, dudámos de que fueran ciertas: tan increíbles así nos parecieron. Pero después que fuimos informado por fidelísimos testigos, o sea por muchos de vosotros, Venerables Hermanos, por los Delegados de la Sede Apostólica, por los misioneros y por otros varones dignos de entero crédito, ya en manera alguna nos es lícito poner en duda la verdad de los hechos. Desde entonces hemos pensado constantemente en remediar, por cuanto es de nuestra parte, tamaños males; y con suplicantes y humildes oraciones hemos pedido a Dios que nos muestre benigno, el medio a propósito para repararlos. Y EL, que es Creador y Redentor amantísimo de todos los hombres y nos ha inspirado el deseo de trabajar en favor de los indios, nos dará ciertamente lo que conviene a nuestro intento. Consuélanos entretanto saber que los gobernantes de aquellas Repúblicas procuran con todo esfuerzo arrojar de sus naciones tan monstruosa ignominia y deshonor, por lo cual merecen, en verdad, nuestra aprobación y alabanza. Empero, como las regiones necesitadas, sobre hallarse tan lejos de las ciudades capitales en donde tiene asiento el Supremo Gobierno de las respectivas Naciones, carecen de vías de comunicación, los humanitarios esfuerzos del poder civil a menudo son de escasa utilidad, y las más de las veces por

entero nugatorios, ora por las arterias de los malhechores que invaden las fronteras, ora por la ociosidad y perfidia de los agentes subalternos. Mas, si a las labores de la República se agregan las de la Iglesia, entonces se recogerán en mayor abundancia los anhelados bienes.

Por tanto, antes que a los demás, acudimos a vosotros, Venerables Hermanos, a fin de que hagáis de esta obra, tan digna de vuestro cargo y deber pastoral, el objeto de vuestros cuidados y meditaciones. Confiando, por otra parte, en vuestra solicitud y celo, ante todas cosas os exhortamos muy de veras a fomentar ahincadamente el progreso de aquellas instituciones que en vuestras diócesis trabajan en favor de los indios, y a establecer las que puedan ser útiles al propio fin. Luégo, amonestaréis con diligencia al pueblo, sobre el estricto deber que tiene de cooperar a las expediciones religiosas que se envían a los indígenas, primeros habitantes del suelo americano. Decid a vuestros diocesanos que de dos maneras principalmente pueden contribuir a las misiones: con limosnas y con oraciones: así lo demanda no sólo la Religión sino también la Patria. Haced, además, vosotros, de modo que en dondequiera que se inculquen las sanas costumbres, o sea, en los Seminarios, en las casas o colegios de hombres y de mujeres, nunca falte la enseñanza y predicación de

la caridad cristiana, que une a todos los hombres como hermanos sin distinción de patria ni de razas, y que debe mostrarse no tanto en las palabras como en los hechos. Ni han de desaprovecharse tampoco las ocasiones que se ofrecen de demostrar cuánto deshonran el nombre cristiano las indignidades que en esta carta denunciarnos.

Por lo que a Nós toca, no sin fundamento esperamos el apoyo y favor de los poderes públicos y, por tanto, hemos acometido con preferencia la empresa de extender más ampliamente la acción apostólica en aquellas vastas regiones, aparejando otras expediciones de misioneros en quienes hallen los indios arrimo y defensa. Siempre la Iglesia Católica fue fecunda en hombres apostólicos que, estimulados por la caridad de Jesucristo, se aprestaron a dar la vida por la salvación de sus hermanos. En esta época de creciente incredulidad y apostasía, enardécese también—y ciertamente por la gracia del Espíritu Santo que socorre en tiempo oportuno a la Iglesia su Esposa—no sólo en el clero secular y regular, sino aun en las vírgenes consagradas a Dios, el celo por difundir el Evangelio entre los salvajes. Por lo cual, juzgamos que conviene sobremanera aprovechar con solícitud tanto mayor, los auxilios que el favor divino nos depara para libertar a los indios de

la esclavitud del demonio y de los malvados, cuanto más apremiante es la necesidad que aflige a los cautivos. Ahora, como aquellas regiones fueron regadas no sólo con el sudor, sino a veces con la sangre de los predicadores del Evangelio, esperamos que llegará el día en que la vistosa y lozana mies del cristianismo, cultivada a poder de trabajos sin cuento, produzca opimos frutos.

Y para que a las obras que espontáneamente o en acatamiento a nuestras exhortaciones emprendáis, no les falte el apoyo eficaz de nuestra apostólica y suprema autoridad, Nós, imitando el ejemplo de nuestro memorado predecesor, condenamos y declaramos reo de inaudito crimen a cualquiera persona que, como muy bien lo dijo Benedicto XIV, “se atreviere a reducir a servidumbre a los indios, a venderlos, comprarlos, permutarlos o regalarlos; o a separarlos de sus mujeres e hijos, a despojarlos de sus bienes y posesiones, a deportarlos o perseguirlos; a privarlos en algún modo de la libertad o a retenerlos como esclavos; y también a los que con cualquier pretexto o engañosa razón, aconsejaren semejantes delitos o les prestaren apoyo, favor o ayuda, o enseñaren y manifestaren que esos crímenes son lícitos, o cooperaren en alguna forma a tales excesos.” En consecuencia, reservamos a los Ordinarios

la facultad de absolver de estos crímenes en el foro sacramental.

Hé aquí, Venerables Hermanos, lo que, a instancias de nuestro paternal amor y siguiendo las huellas de muchos predecesores nuestros entre los cuales mencionaremos a León XIII, de feliz memoria, nos ha parecido necesario decir en esta carta, respecto a los indígenas. A vosotros toca trabajar incesante y esforzadamente, a fin de que sean colmados nuestros deseos. Muy valiosa cooperación os prestarán, sin duda, en este asunto, los gobernantes de esas Repúblicas; ni faltarán tampoco las labores poderosas e infatigables del clero, señaladamente del que se ocupa en las misiones; y todos los buenos, ya con limosnas si pueden darlas, ya con otras obras de caridad, coadyuvarán a esta santa empresa, a la cual están vinculados los intereses de la Religión y de la dignidad humana. Contaréis asimismo con lo que vale más que todo esto: con la gracia de Dios omnipotente. Como prenda de esa gracia y testimonio de nuestra benevolencia, os impartimos con especial amor, a vosotros, Venerables Hermanos, y a vuestros súbditos, la Bendición Apostólica.

Dada en Roma, en San Pedro, el 7 de junio de 1912, año noveno de nuestro Pontificado.

PIO X, PAPA.

ASOCIACION

DE LOS SAGRADOS CORAZONES DE JESÚS Y DE MARÍA
Y ADORACION PERPETUA DEL SANTISIMO SACRAMENTO

Señor Rector de la iglesia de....

Pongo en conocimiento de usted y por su conducto en el de las socias de su dirección, que he tomado posesión del cargo de Director General de la Asociación de los Sagrados Corazones de Jesús y de María y de la Adoración perpetua del Santísimo Sacramento, en Colombia, en virtud del nombramiento que me hizo el Superior General con fecha 23 de enero del presente año.

Al dirigir mi saludo a todos los socios les recomiendo encarecidamente la observancia de los Estatutos y en especial la media hora de adoración.

Por el informe ordenado en los Estatutos me pondré al corriente del estado de la Asociación en esa iglesia, para disponer lo conveniente.

Espero en las oraciones de los socios para desempeñar tan delicado cargo.

Dios guarde a usted,

SALUSTIANO GOMEZ RIAÑO,
Director General.

Bogotá, agosto 1.º de 1912

CARTA DEL DIRECTOR GENERAL DE LA ASOCIACION DE LOS SS. CC.

Lima, mayo 1.º de 1912.

Amadísimos hermanos y hermanas en los SS. CC.:

Con el mismo fervor y solemnidad con que celebrasteis, los años anteriores, las principales fiestas de nuestra querida Asociación, os invito a que celebréis, este año, el día del Sagrado Corazón de Jesús (14 de junio), el jubileo toties quoties del mismo Sagrado Corazón (30 de junio) y la fiesta del Purísimo Corazón de María (25 de agosto).

Ese culto de amor y cariño que dedicamos cada año a los Sagrados Corazones, atraerá, no lo dudamos, raudales de bendición sobre nuestras almas, con que en ellas crezcan lozanas las flores de todas las virtudes. Quisiera yo, vuestro Director y Padre, que los Santísimos Corazones en retorno de vuestros obsequios piadosos, os paguen este año con una bendición especial, *la fidelidad a la media hora de adoración semanal*, punto tan importante de los Estatutos de la Sociedad. Con tal fin os propongo las siguientes consideraciones.

Ya sabéis que somos hijos de los Sagrados Corazones, y que si los cristianos en general deben por su conducta y afectos ser otros Cristos, así nosotros debemos ser otros Corazones de Jesús y María, viviendo como vivieron los Sagrados Corazones, amando a Dios y a las almas como ellos, sacrificando por Dios y la virtud cuanto somos y tenemos como ellos lo hicieron, cumpliendo los deberes de nuestro estado y las indicaciones que nos ofrezca la Providencia con la misma abnegación que tuvieron nuestros Padres celestiales.

Como lo veis, amadísimos hermanos y hermanas, corresponden a nuestra hermosísima vocación de hijos de los Sagrados Corazones y herederos de su reino grandes y delicadísimas obligaciones, con que la débil naturaleza humana es incapaz de cumplir por sí sola. Por más que nos esforzáramos en reproducir la vida de los Sagrados Corazones, "siervos inútiles somos," y nada podemos hacer. Esta es enseñanza del mismo Hijo de Dios. ¿Cómo conseguir entonces lo que tanto necesitamos?

Nada podían los apóstoles, nada pueden los cristianos, tratándose de las obras o acciones de la gracia. Mas, para remediar la debilidad e insuficiencia de sus ministros, Jesús les entregó poderes divinos con que conviertan al mundo entero; y para ayudar al cristiano, Dios otorgó el arma todopoderosa de la oración, diciendo: "Pedid y recibiréis." Los Sagrados Corazones también, para remedio de nuestra insuficiencia y debilidad, nos habrán entregado poderes o medios adecuados con que llenemos cumplidamente nuestra vocación. Esos poderes, esos medios los tenemos en la adoración del Santísimo Sacramento. La adoración no es, pues, tan sólo una práctica que nos distingue de las demás asociaciones, es una comunicación especial de los dones del cielo para corresponder debidamente a nuestra dignidad sobrenatural. Jesús en el cielo está siempre intercediendo por los pecadores del mundo entero y pidiendo gracias a su Padre Eterno; por la adoración, acto que hacemos en nombre de la Iglesia y de la Asociación y Congregación toda de los Sagrados Corazones, nos unimos a esa adoración de Jesús en el cielo, y ofrecemos al Eterno preces de agradable olor que no pueden ser desatendidas. Así como la pa-

labra del sacerdote cuando administra los sacramentos, produce infaliblemente su efecto sin consideración a la santidad del ministro, así también en cierto modo la palabra del hijo de los Sagrados Corazones, cuando está en adoración, tiene un efecto infalible, descartada aun la santidad del adorador. La palabra sacerdotal saca su virtud de Jesucristo, cuyo ministro es el sacerdote; la palabra del adorador saca su virtud de los Sagrados Corazones cuyos hijos e imágenes vivientes somos. Hé ahí verdades que tantas veces olvidamos en la práctica; y sin embargo, queriendo cumplir con nuestra vocación y ser verdaderos hijos del Sagrado Corazón de Jesús y del Purísimo Corazón de María, es necesario, ya que nada podemos con nuestras propias fuerzas, usar de ese poder y medio infalible que, como cosa propia y especial, tenemos en la adoración perpetua del Santísimo Sacramento.

Hemos seguramente de conocer a los Sagrados Corazones y cuánto han hecho por nosotros; hemos de conocer con los Sagrados Corazones los bienes, las perfecciones y maravillas de la Divinidad y del orden sobrenatural; pero falta para ello inteligencia y poder. Pidamos, pues, en la adoración ese conocimiento, y siendo una cosa según Dios, y pidiéndola en nombre de los Sagrados Corazones, infaliblemente la conseguiremos en el grado que nos destine la Providencia.

Por vocación hemos de amar de un modo especial al amabilísimo Corazón de Jesús y al dulcísimo Corazón de María, viviendo en su presencia y demostrándonos de mil modos nuestro afecto y cariño filial. Pero ¡ay! nuestro pobre corazón se torna más frío que el mármol, más duro que el granito. Consigámosle fervor ardiente en los momentos de la adoración.

Por vocación hemos de servir a los Sagrados Corazones como a nuestros verdaderos padres del cielo, obedeciéndoles en todas las manifestaciones de su voluntad, y reconociendo su voz ora en los mandamientos de Dios y de la Iglesia, ora en las órdenes y deseos de nuestros superiores, ora también en los diversos sucesos que permite la Providencia nos sobrevengan. Mas, le falta a nuestra voluntad, generosa docilidad que abraza con santa alegría tan glorioso servicio y dependencia. Por la adoración nos quieren los Sagrados Corazones dar esa alegría santa en su servicio y ese corazón animoso. Adoremos, pues; con fidelidad.

Por vocación hemos de vivir la vida de amor que vivieron Jesús y María, procurando la gloria de Dios y la salvación de las almas. A los pies de Jesús Sacramentado conseguiremos esa vida de amor. Pidamos, pues, en la adoración la ternura del amor divino para con Dios y los Sagrados Corazones, el dolor y profundo sentimiento por las ofensas enormes que reciben nuestros Padres celestiales; pidamos perdón por los pecadores, y ofrezcamos nuestra vida, nuestros sacrificios y sufrimientos con la Pasión de Jesucristo y los méritos de la Virgen para la remisión de los pecados y la salvación de las almas.

Hemos de amarnos como se amaron los Sagrados Corazones, pero nos ocurren para ello mil dificultades y estorbos. Muévennos a impaciencias y quejas repetidas el carácter de ciertas personas que nos rodean y los defectos de otras. Busquemos en la adoración el caudal de paciencia, humildad y mansedumbre que requiere el caso.

Todo lo encierra para nosotros la media hora de adoración. Allí tenemos el Sagrado Corazón que nos

llama diciéndonos: *Venid a Mí todos los que estáis trabajados y cargados, y Yo os aliviaré.*

Cabe preguntar ahora ¿por qué, siendo, como lo es, infalible la omnipotencia de nuestra plegaria en la adoración, tantos adoradores y adoradoras se quedan siempre con los mismos defectos sin dar un paso más en la vía de la perfección? Van a menudo los socios y socias de los Sagrados Corazones al reclinatorio de la oración, revisten allí la cinta encarnada, símbolo de la caridad ardiente, y la medalla de los Sagrados Corazones, que los acredita por adoradores delante de la divina Majestad: y sin embargo parece muy reducido o casi nulo el fruto que sacan de sus adoraciones. De estas desgraciadas faltas de éxito, echemos la culpa, no a Dios ni a la práctica de la adoración, sino tan sólo a quienes no usan, o usan mal del poder que Dios les entregó.

El sacerdote que no quisiera ejercer el santo ministerio, ni predicar, ni confesar, ni decir misa, o no lo hiciera del modo que Jesucristo ha mandado, no se santificaría a sí mismo, ni salvaría a los demás, ni cumpliría con su misión y, llegado que hubiere el día del juicio, merecería oír de Jesús: *Quitadle a ese mal siervo el talento que se le había dado y echadlo en la cárcel de eternas tinieblas.*

El hijo de los Sagrados Corazones que no quisiera usar, o usara mal del poder divino que le corresponde en la adoración, faltaría a los intereses más sagrados de su dignidad, y quizás se atraería un severo pero justísimo castigo; y, poniéndonos en el caso más benigno, ya que la adoración no obliga bajo pecado, perdería para sí y los suyos los bienes inmensos que en la adoración les tenía preparados el Sagrado Corazón.

No omitamos, pues, tan fácilmente nuestras adoraciones; no entremos en ellas con una caridad tan débil ó apagada, ni nos dejemos ir a tantas distracciones, ni nos dediquemos allí por costumbre a rezar oraciones en que no tenga parte el corazón; porque en semejantes negligencias y tibiezas está el no remediarse nunca nuestros males espirituales. Adoremos bien.

Como primera condición de una buena adoración es preciso ir a ella sabiendo en general siquiera lo que habemos de decir a Jesucristo. Nadie se atrevería a presentarse delante de los grandes del mundo sin tener bien presente el asunto que ha de tratar con ellos. En segundo lugar, si queremos tener siempre buena y excelente adoración, unámonos al principio de ella con los Sagrados Corazones para adorar, reparar y orar por Ellos y en nombre de Ellos, ofreciendo sus méritos y virtudes para conseguir lo que deseamos. Dichas estas dos condiciones preliminares, no me atrevo a poner otras; porque unida el alma con los Sagrados Corazones a los pies del Santísimo no puede ya ser dirigida con acierto sino por el amor divino, y ha de entregarse con docilidad a los actos y afectos de alabanza, de caridad, de contrición y de las demás virtudes que le inspire el Espíritu Santo. Sin embargo, como no siempre sentimos esa inspiración de lo alto, por causa de nuestras imperfecciones, y nos vemos a menudo acosados por mil distracciones y hastíos, parece ser lo mejor en tales circunstancias: meditar sobre los misterios, virtudes y grandezas de los Sagrados Corazones, sobre la manera de imitar a Jesús y María en nuestra conducta, pedir con algunos rezos las gracias necesarias al fiel cumplimiento de nuestros deberes, y presentar a Jesús con humildad y pena el triste estado actual del alma nuestra tan fría y apocada. Además,

debiendo en la adoración reparar los crímenes enormes de los pecadores, bien se ve que nunca debemos olvidarnos de ofrecer a Jesús nuestros desagravios por las injurias que recibe, ni tampoco dejar de interceder por el prójimo. Jesús está siempre viviendo para interceder por nosotros en el cielo, y nosotros sus hijos de la tierra, que hemos de ser su resplandor y la imagen de su bondad, debemos igualmente vivir para rogar por los pecadores. En su intercesión y en pro de lo que pide, Jesús ofrece a su Eterno Padre todos los sacrificios de su vida, todos los suplicios de su agonía y los tormentos de la cruz. Ojalá que, hallando tan hermosa la unión con los Sagrados Corazones a los pies del Santísimo, halláramos la misma hermosura en la unión de nuestros sacrificios con los de Jesús, y fuéramos a la adoración llevando cada vez algún acto de mortificación que ofrecer, algún disgusto soportado con resignación, algún dolor del cuerpo o del alma aceptado con paciencia y buena voluntad. ¡Cuánto mejor no saldría nuestra intercesión!

Dígnense por lo tanto los Sagrados Corazones concedernos a todos un aprecio profundo de la adoración, enseñarnos la mejor manera de desempeñar satisfactoriamente el oficio de adoradores en verdad y espíritu, y darnos por fin la gracia de una fidelidad ejemplar a tan provechoso ejercicio.

P. FORTUNATO COUFFIGNAL,
De los SS. CC.

UNIÓN APOSTÓLICA CIRCULAR

NOS IGNACIO ANTONIO PARRA

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE
OBISPO DE NUEVA PAMPLONA

A nuestros amados sacerdotes diocesanos:

El Breve de nuestro Santísimo Padre Pío X, de 28 de diciembre de 1903, por el cual aprueba la piadosa obra, iniciada en Francia el año de 1872, extendida ya en muchas diócesis de Europa, Asia y Américas y en dos de nuestra Patria, bajo el nombre de UNIÓN APOSTÓLICA DE SACERDOTES SECULARES, nos ha llenado de vivo entusiasmo y de un vehemente deseo de verla establecida lo más pronto en nuestra Diócesis, con ocasión de los próximos retiros anuales para el clero en el mes entrante. Con este fin hemos ordenado publicar dicho Breve y la noticia que de dicha obra da el periódico *Acta Sanctae Sedis*, (tomo 36, página 594), para que impuestos en tales documentos nuestros sacerdotes y clérigos, y como fruto [especial de los retiros se pongan de acuerdo para echar las bases de la *Unión Apostólica* en nuestra Diócesis, llenando así de consuelos santos nuestro corazón de Pastor y Padre.

Palmarias son las utilidades de esta *Unión* como lo dice el periódico citado; poner en capacidad al sacerdote secular de participar de los beneficios de la vida religiosa; preservarlo de los peligros de la ociosidad y del aislamiento; ofrecerle un método de vida

que como escudo protector lo precava de este mundo corrompido y corruptor, dentro del cual tiene que vivir y al cual está llamado a curar, por ley de su ministerio; estrechar los vínculos de unión entre todos sus colegas, y acrecentarle los auxilios espirituales en la vida y en la muerte.

Conocidas como son las intenciones malélicas de nuestros enemigos, nada más apto y más eficaz que esta *Unión Apostólica* para hacer que nuestro clero se compacte por la mutua amistad, por los bienes espirituales que redundan de toda asociación netamente cristiana y por los lazos sobrenaturales de la fraternidad sacerdotal. El mundo y el demonio se coligan arteramente para producir la división entre los miembros del clero, porque saben que, dividido éste, se aminora el celo apostólico y se extingue la caridad, único resorto y estímulo eficaz del magisterio divino encomendado al clero: "*en esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os amáis los unos a los otros.*" Avigorados, pues, los lazos de esta íntima unión por los beneficios de la Asociación, quedaremos fuertemente asidos a la suprema cabeza que ha querido reservarse el patrocinio de la *Unión Apostólica* enriqueciéndola con privilegios muy especiales y elevándola a la categoría de *Instituto* eclesiástico.

Si, leída la presente Circular y los documentos adjuntos, los ejercitantes de los próximos retiros se acordaren para la instalación de la *Unión Apostólica*, redactarán y firmarán una acta por la que conste su voluntad de inscribirse en la *Unión*, de adoptar los Estatutos, señalando, por votación reservada, el sacerdote que hubiere de ponerse al frente de la *Unión Apostólica* en toda la Diócesis, para conseguirle, de quien corresponda, el título reglamentario. En el caso de que los

grupos de ejercitantes no concuerden en la elección del Director, Nós mismo escogeremos uno entre los varios candidatos.

Así como nuestro Santísimo Padre acoge en sus entrañas pastorales la *Unión Apostólica*, Nós le ofrecemos también, en nuestra Diócesis, un patrocinio especial para sus ejercicios, labores y reuniones, y otorgamos a cada uno de sus actos públicos los cincuenta días de indulgencia que podemos conceder.

Dada en nuestra residencia de San Martín, a ocho de diciembre de mil novecientos cinco, firmada por Nós, sellada con nuestro sello mayor y refrendada por nuestro Secretario.

† IGNACIO ANTONIO,
Obispo.

Numa J. Calderón—Canónigo Secretario.

CRONICA

Un amigo y compatriota nuestro, residente en Roma, nos ha enviado, junto con el relato de la peregrinación que los niños de Francia hicieron a la ciudad eterna, los documentos que a continuación publicamos. Agradecemos muy de veras a nuestro amigo el favor que nos ha dispensado, y encarecidamente le rogamos continúe ayudándonos con sus interesantes revistas.

Señor Director:

Roma, abril de 1912.

Muy señor mío:

Agradable es para mi poderle enviar con las presentes líneas algunas impresiones de esas que con frecuencia nos ofrece la vida de Roma.

Un conjunto de aquellas tan íntimas que llenan el alma de suave contento, fueron las que recibimos en la mañana del 13 de abril. Ese día fuimos a la Basílica de Santa María la Mayor donde se iba a celebrar una misa, y después de ella a verificar una procesión, interviniendo en ambas los niñitos franceses venidos a Roma después de haber hecho su primera comunión, para agradecer a nombre de todos al Padre Santo el beneficio inmenso hecho a ellos con motivo del decreto "Quam singulari" sobre la edad en que debe verificarse aquel acto tan solemne de la vida. ¡Feliz idea que debía nacer en el seno del pueblo francés, siempre original, siempre entusiasta y sobre todo siempre profundamente religioso.

Bajo las bóvedas de la Basílica Liberiana donde están expuestas las reliquias de la santa cuna, la figura distinguida del Eminentísimo Cardenal Vicente Vannutelli que celebra el Santo Sacrificio de la Misa, numerosos peregrinos franceses en devota actitud que ocupan la parte superior de la Iglesia, y una corona como de cuatrocientos niños rodeando la mesa del altar como pudieran estarlo en actitud de adoración otros tantos ángeles en la presencia de Dios, hé ahí el cuadro avasallador que se presentaba a nuestra vista. Una sola mirada a aquel conjunto hubiera bastado para despertar en el alma las más dulces emociones. Pero hubo momentos de mayor hermosura.

Después del Evangelio el Cardenal dirigió la palabra en francés a los niños: terminada la alocución y vuelto su Eminencia hacia el altar para recitar el "Credo," se escuchó una sola voz, símbolo de una misma fe que proclamaba: "Credo." Voces robustas de hombres, débiles de mujeres, cristalinas y penetrantes de niños, todas en un conjunto de notas que resuenan y

se extienden por las vastas naves de la Basílica hasta perderse en su inmensidad.

Llegó el momento de la Consagración: todos se postraron en tierra, el Cardenal, que por celebrar en el altar de la confesión, estaba vuelto hacia el pueblo se inclinó sobre la blanca hostia, pronunció las palabras sacramentales, sus rodillas se doblaron para adorar a Dios presente entre sus manos, las frentes de todos se inclinaron y el silencio profundo que reinó entonces, proclamó que aquellos instantes eran momentos tan sólo de adoración. Al silencio siguió el cántico entonado por todos: *O Salutaris Hostia*. Cuando sus últimas notas se apagaban, entonces se escuchó la voz del Cardenal que vuelto hacia los niños y mostrando la Sagrada forma decía: "Hé aquí el Cordero de Dios; hé aquí el que borra los pecados del mundo." Inocentes y pecadores confesando su miseria e indignidad, dándose golpes de pecho, repetían con el Prelado que continuaba diciendo: "Señor, yo no soy digno que entres en mi pobre morada, mas dí una sola palabra y mi alma quedará sana." Y las palabras se repetían cada vez más humildes, cada vez más suplicantes. Entonces el Cardenal entregaba a algunos Obispos y sacerdotes los copones llenos de formas consagradas. Aquéllos y el Cardenal a su vez descendieron las gradas del altar y fueron a repartir el Pan de los ángeles a esos otros ángeles humanos que de rodillas esperaban la llegada de Jesús quien no decía ya como en otro tiempo: "Dejad que los niños vengan a Mí," sino que EL mismo iba esta vez a encontrarlos.

Yo no sé si en la tierra puede darse una escena más tierna y conmovedora. Vimos a un niño de cándida mirada, de semblante que reflejaba una alma inocente, recibir a Jesús y abstraerse después en sí

mismo como si todo en su alrededor hubiese desaparecido para quedar tan sólo el alma en íntimo coloquio con su Dios. Entretanto otros sacerdotes distribuían la sagrada comunión a los demás peregrinos colocados junto a la balaustrada que da acceso a la cripta. ¡Qué edificante recogimiento, qué devoción! Caballeros y señoras, con las manos juntas y la cabeza inclinada se acercaban a la mesa eucarística y en la misma actitud se retiraban.

Terminada la comunión resonó el cántico de alabanza: "Mi alma engrandece al Señor" *Magnificat anima mea Dominum*. Aquel acento arrancado del fondo del alma agradecida, iba alternado con la plegaria suplicante; un coro entonaba un versículo del *Magnificat* y todos repetían:

O Vierge notre espérance
Étends sur nous ton bras
Sauvez, sauvez la France
Ne l'abandonnez pas!

Era el alma francesa que ante los infortunios de la patria querida, volvía sus ruegos a la Inmaculada Virgen que, fijando su trono de bondades y favores en las rocas de Masabielle, ha querido ser sin duda especialísima abogada de la nación francesa.

Nosotros no podemos menos de unir nuestras voces al conjunto para decir a María: "¡Sí, salvad, salvad a Francia, no la abandonéis!"

Terminadas la santa Misa y la acción de gracias, se organizó la procesión al rededor de la Iglesia: los niños, de dos en dos, iban guiados por los RR. PP. Agustinos de la Asunción, infatigables organizadores de esta y semejantes peregrinaciones, y al fin cerraba la

marcha el Eminentísimo Cardenal Vannutelli vestido de púrpura y acompañado de su séquito. Los niños entonaban un canto al niño Jesús durante el trayecto de la procesión: dignos acentos que las almas infantiles elevaban en torno a la cuna que dio sostén y abrigo al Verbo Eterno Encarnado y que se hizo niño por la salvación del género humano.

Al siguiente día se verificó la audiencia concedida por el Papa a los niños. El crecido número de éstos, a los cuales se agregaron los demás peregrinos y numerosas personas, exigía un local amplio, y fue escogida la Capilla Sixtina. Más de mil trescientas personas ocupaban aquel recinto de grandes maravillas y de recuerdos aún más grandes, convertido esta vez en albergue de la niñez. Prelados franceses e italianos se hallaban colocados en torno del altar. Durante los momentos de espera, y antes que llegara Su Santidad, los devotos peregrinos en alta voz recitaban el santo rosario y entonaban el *Gloria* al final de cada misterio.

Cuando el Papa llegó a la Capilla acompañado por el Eminentísimo Cardenal Vannutelli y algunos Prelados, tomó asiento en un sillón colocado en las gradas del altar.

Entonces el Cardenal Vannutelli, con el discurso que envió a usted, hizo la presentación de los peregrinos a Su Santidad y terminado el discurso, el niño Birè dirigió en francés al Padre Santo las sencillas y candorosas palabras que más abajo transcribo.

En seguida acercáronse algunos niños y niñas a Su Santidad para presentarle varios álbums que contenían las firmas de los ciento cincuenta mil niños franceses que en el día del glorioso Patriarca San José, onomástico del Padre Santo, comulgaron y rogaron por la

felicidad del Sumo Pontífice. ¡Qué inmensa alegría para su corazón de Padre ver aquellos niños postrados a sus plantas representando a tantos millares de seres inocentes que, mientras otros labios se abren para despreciarle e injuriale, éstos modulan palabras de bendición y plegarias de amor!

Después, todos los niños se llegaron al Padre Santo, quien los acarició y dio a besar la mano y les ofreció sendas medallas que por un lado tenían la imagen del Sagrado Corazón de Jesús con estas palabras: *Voilà le Coeur qui a tant aimé les hommes*, y por el otro el retrato de Su Santidad con estas frases: *Catholiques et français toujours; Dieu protège la France*.

En presencia de este cuadro ¿cómo pensar en otras escenas sino en aquellas que vieron los campos de la Judea cuando el Divino Maestro se encontraba rodeado de niños?

Después de haber pasado el Padre Santo por el centro de la capilla bendiciendo a todos, tornó al sitio que había ocupado antes, y dirigió a los niños algunas palabras que no fueron un discurso sino el sencillo lenguaje de las íntimas alegrías de un padre, unido a los consejos cariñosos del mismo.

Le incluyo ese discurso que es lo mejor que puedo enviarle; ojalá sirva él de aliento a todos los que se ocupan en la santa tarea de llevar a los niños a la mesa eucarística: lleguen todas estas palabras a los mismos niños para que se encienda en los corazones juveniles el amor a Jesús sacramentado, y crezca en ellos el amor al Papa, al padre bondadoso que, queriendo llevar al cabo su programa de restaurar todas las cosas en Nuestro Señor Jesucristo, fijó su mirada dulce y tranquila en lo más débil de la sociedad humana: la niñez; y abriéndoles la puerta

del tabernáculo llamó a los niños y los invitó al sagrado banquete.

No hace dos años que se escuchó este llamamiento, y a su voz no sólo ha respondido el eco de la obediencia sino el eco del piadoso entusiasmo en todo el mundo, y ya las almas de los niños, en medio de los peligros del mundo, no sienten hambre porque han encontrado el Pan de vida.

Amor, mucho amor al Pontífice de la eucaristía, pues si León XIII mereció el nombre glorioso de Papa de los obreros, Pío X con el sólo decreto *Quam singulari*, justamente podrá ser llamado el Papa de los niños.

Saluda a usted con toda atención su af. a. y s. s.

A. E. G.

DISCURSO

DEL EMINENTÍSIMO CARDENAL VANNUTELLI

Santísimo Padre:

Recordando al mundo la invitación del Salvador: "Dejad a los niños que vengan a mí," Vuestra Santidad ha querido que los niños cristianos participaran también del tesoro eucarístico, desde la temprana edad en que sus candidas almas comienzan a sentir las aspiraciones al Cielo.

Jamás, Santísimo Padre, palabra salida de los labios de un Pontífice, ha correspondido mejor al espíritu de bondad y dulzura del Divino Maestro.

Esta palabra ha tenido un eco saludable, en el mundo entero: ha despertado la fe, alimentado la piedad en los individuos y en las familias, y asegurado a las generaciones venideras, una falange de adoradores del

verdadero Dios, los cuales por gustar desde temprana edad las alegrías inefables de la intimidad de Jesús, estarán bien preparados para sostener las luchas de la vida.

El mundo católico, Santísimo Padre, os agradece profundamente el incomparable beneficio otorgado de este modo a la sociedad cristiana; mas este sentimiento de gratitud, alienta de manera muy especial en estas almas inocentes y puras que han sido objeto predilecto de vuestra paternal solicitud.

Estos centenares de niñitos peregrinos, postrados a vuestros pies, son prueba patente y conmovedora de ello. Aquí tenéis a los que han hecho su primera comunión, pero ellos, además, representan a sus hermanitos, hijos todos de esa noble y generosa nación, que no emprende hoy por primera vez obras católicas, y que siempre se ha considerado dichosa al manifestar su adhesión a la Cátedra de Pedro. Ellos traen los votos y los agradecimientos del alma cristiana y francesa, ofrecidos por lo que hay en Francia de más simpático y de más encantador. Con voz unánime han elevado a Dios los tiernos acentos de sus oraciones y le han ofrecido el fruto de numerosas comuniones, sobre todo con ocasión de la fiesta onomástica de Vuestra Santidad.

En este feliz e inolvidable día, en que los pequeños embajadores son admitidos a la presencia del Vicario de Jesucristo, todos ellos esperan filialmente de su muy amado Padre, una palabra de bendición que los confirme en las santas resoluciones que han germinado en sus corazones después de haber recibido al Dios de la Eucaristía.

Dígnalos bendecirlos, Santísimo Padre, así como también a sus familias, a su amada patria, al que

con fe de católico ferviente ha iniciado la idea de esta peregrinación, y a todos aquellos que por medio de su religiosa cooperación han realizado esta magnífica y conmovedora manifestación de la piedad filial de los católicos de Francia. Este mérito, Santísimo Padre, Vuestra Santidad no lo ignora, recae en primer lugar en el tan celoso y consagrado Directorio de la Asociación de Nuestra Señora de la Salud, ayudado por la joven falange de los Noelistas, y por una manera especialísima también, en los infatigables Agustinos de la Asunción, que están siempre en primera línea, cuando se trata de la gloria de Dios y de los intereses de la Iglesia y de la Santa Sede.

Para los unos y para los otros, no menos que para sí mismo, el humilde Cardenal Protector implora de Vuestra Santidad la Bendición Apostólica.

DISCURSO

DEL NIÑITO FRANCÉS, BIRÉ

Santísimo Padre:

Como en otro tiempo los niñitos de Judea rodeaban asiduos a Nuestro Señor, hénos aquí, a nosotros los niñitos de Francia, á los pies de Vuestra Santidad. Nosotros venimos a nombre de centenares de miles de nuestros compañeritos, que han quedado en el país y que tanto hubieran deseado poder acompañarnos a Roma, para dar las gracias a Vuestra Santidad por el favor inmenso que nos ha hecho, a nosotros los niños, de poder adelantar la edad hasta ahora acostumbrada, de nuestra primera comunión.

Por este acto de paternal bondad, Vuestra Santidad se ha ganado todos nuestros corazones, y no hemos cesado de rogar cada día por Vuestra Santidad.

Cada día os amamos más, y hoy es para nosotros una felicidad el prometeros, Santísimo Padre muy amado, una fidelidad que nada podrá disminuir jamás, hacia la Santa Iglesia nuestra Madre y hacia quien tan gloriosamente la gobierna en nombre de Dios.

DISCURSO

DE SU SANTIDAD EL PAPA PÍO X, A LOS NIÑOS DE LA PEREGRINACIÓN FRANCESA, EL 14 DE ABRIL, EN LA CAPILLA SIXTINA

Os doy las gracias, mis amados hijos, por el consuelo que me dais de hallarme en medio de vosotros, pensando que represento al mismo Jesucristo, quien al verse rodeado de niñitos como vosotros, decía a sus apóstoles: "Dejad a los niños, que vengan a mí, porque de ellos es el Reino de los cielos." Tengo además un motivo especial para daros las gracias, amados hijos, porque esta solemne demostración de vuestro amor al Papa, que os ha costado las fatigas de un largo viaje, me da ocasión de alegrarme por vuestra docilidad a la invitación que Nuestro Señor os ha dirigido por mis labios, a recibirlo por primera vez en la sagrada comunión, no obstante vuestra tierna edad.

Leemos en el Evangelio, que el divino Redentor llamó cierto día a un niño, semejante a vosotros, y, colocándolo en medio de los apóstoles, les dijo: "Guardaos de despreciar a uno solo de estos pequeñuelos, porque, yo os digo, sus ángeles sin cesar contemplan la cara de mi Padre que está en los cielos." ¡Ah! Esos guardianes celestiales, muy a menudo están llenos de tristeza y de horror, pues descubren en las almas confiadas a su cuidado, la depravación y manchas del pecado; los ángeles de los niños, al contrario, aun-

que por su solicitud jamás se privan de la misión bienaventurada de Dios a quien contemplan cara a cara en su eterna luz, lo ven también en esas almas, donde se retrata como en un espejo de inocencia, de pureza y de candor.

Mas si esto es verdad cuando se habla de los niños, y por consiguiente del modelo que Nuestro Señor colocó en medio de los apóstoles, ¿qué no habría EL dicho de vosotros, amados hijos, que lo habéis recibido a EL mismo con su divinidad y su sagrada humanidad en la santa comunión, por la cual habéis unido vuestra carne a su carne, vuestra sangre a su sangre, vuestro corazón a su divino corazón? ¿Qué no habría EL dicho de vuestros santos ángeles, sobre los cuales hoy os eleva la participación de la sagrada eucaristía, ya que a ellos no ha sido dada la gracia que a vosotros, pues os alimentáis de Jesucristo, os hacéis una misma cosa con EL, os unis de tal suerte a su persona, que os apropiáis en cierto modo su naturaleza divina y sus perfecciones infinitas? Y ved, amados hijos, las gracias que se derivan de este incomparable beneficio: por la comunión de sí mismo, da este amable Salvador a nuestra inteligencia la verdad, la justicia y la santidad a nuestra voluntad, y la bondad a nuestro corazón; de suerte que el fiel que comulga, puede, con toda verdad, repetir con San Pablo: "Jesucristo es mi vida; yo vivo, mas no soy yo quien vivo, es Jesucristo quien vive en mí." *Mihi vivere Christus est. Vivo, jam non ego, vivit vero in me Christus.*

Así pues, siendo Dios la pureza sin mancha, quien se une a Jesucristo en la sagrada comunión, se levanta como blanca paloma, de las aguas fangosas de este mundo miserable para refugiarse en el seno de Dios, del que es más puro que las nieves immaculadas

que coronan las montañas. Si Dios es la belleza increada, quien se une a Jesucristo, atrae la atención y las amorosas miradas de los ángeles, de forma que si los ángeles pudieran tener envidia, estarían sin duda celosos de vuestra suerte. Si Dios es la caridad por esencia, el fiel unido a Jesucristo, se abisma en un éxtasis bienaventurado, siente que la caridad lo transfigura aun en lo exterior; y de veras, porque ella se manifiesta en el rostro, en las ardientes aspiraciones del corazón y en la suavidad de las palabras que como miel fluyen de los labios que comulgan. En fin, si Dios es la bondad misma, y bondad en el lenguaje de las Sagradas Escrituras es lo mismo que perfección, el fiel que se ha unido a Jesucristo en la sagrada eucaristía, halla en la virtud de este sacramento toda perfección y santidad; de ahí saca las fuerzas para elevarse a esferas más altas, para aspirar a la felicidad eterna y despreciar los falsos bienes de este mundo, pues son insuficientes para satisfacer sus deseos. Así como aquel carro de fuego arrebató al profeta Elías, la sagrada eucaristía lleva al hombre muy lejos de este suelo; pero durante la vida terrena lo transforma en habitante del cielo y le hace gozar de una paz y de una felicidad que ninguna lengua podrá expresar, porque según las palabras de la Escritura: "El ojo del hombre jamás vio, ni el oído jamás oyó, ni el corazón sintió nunca las delicias que Dios reserva para los que le aman." Y así se cumple la promesa de Jesucristo: "Quien se alimenta de este pan tiene la vida eterna." *Qui manducat meam carnem et bibit meum sanguinem habet vitam aeternam*. No dice que la tendrá, que le está reservada para lo porvenir, *habebit*; sino que ya la tiene, *habet*, y que posee la felicidad verdadera.

Amados hijos míos: de nuevo os felicito por la gracia incomparable que Dios os ha hecho, y me complazco en saludaros como a ángeles, ¿qué digo? como a rivales de los ángeles, pues lo sois por este privilegio de la sagrada comunión, que os ha unido intimamente a Nuestro Señor, haciéndoos participantes de su cuerpo y de su sangre adorables, de su naturaleza divina y de sus perfecciones infinitas.

A estas felicitaciones agregaré también algunos consejos, que os ruego grabéis bien en vuestra memoria. Estos beneficios de Dios, los habéis recibido sin tener pleno y entero conocimiento de ellos, porque las afecciones santas del corazón todavía esperan el perfecto desarrollo de la inteligencia. Os recomiendo desde ahora, como fruto de vuestra visita al Papa, la resolución y solemne promesa de frecuentar aun por largo tiempo el catecismo. De este modo, al perfeccionaros con diligencia y con amor en el conocimiento de la doctrina cristiana, aprenderéis juntamente con las otras verdades de nuestra santa religión, que la sagrada eucaristía es el centro de la fe, el término de toda devoción, la fuente de todo bien, la consumación de los demás sacramentos, el resumen de los divinos misterios, la fuente de todas las gracias, el bálsamo de todo dolor, el pan de vida, el viático que nos fortifica para el viaje a la eternidad, la prenda y el gozo anticipado de la bienaventuranza celestial.

Amados hijos míos: hoy habéis comulgado y recibido a Nuestro Señor por primera vez; mas, no habéis concluido la obra: cada día pedimos a Dios el pan que ha de sostener la vida de nuestro cuerpo y así también hemos de pedir el pan celestial que da la vida

a nuestra alma. Por esto, la segunda recomendación que os hago, es que os acerquéis frecuentemente, si os es posible diariamente, a la mesa eucarística, para uniros a Nuestro Salvador. Le haréis también frecuentes visitas en la soledad y silencio de su tabernáculo, desde donde oiréis que os dirige esta invitación llena de amor: "Venid a mí, todos los que tenéis hambre, que yo os saciaré; todos los que estáis cargados y oprimidos, que yo os daré el alivio, la paz y la consolación."

En fin, mi último deseo, amados hijos míos, es que el amor de Nuestro Señor reine de tal suerte en vosotros, que sea capaz de trasformaros en otros tantos apóstoles de su gloria; vosotros seréis el tesoro de vuestras familias, las consolaréis con vuestra conducta intachable y con vuestro ejemplo; sabréis atraerlas a la frecuencia de la sagrada comunión. En la escuela, por medio de vuestra piedad, provocaréis la emulación de vuestros compañeros; en la parroquia, seréis mirados por todos como ángeles tutelares; en fin, en todas partes con vuestras oraciones, con vuestro juicio y los atractivos de vuestra modestia, contribuiréis en la medida de vuestras fuerzas, a la conversión de los pecadores y al retorno de los incrédulos e indiferentes a Jesucristo Nuestro Señor.

Con estas recomendaciones y estos votos, amados hijos míos, os doy de todo corazón, a vosotros, a vuestros compañeritos de Francia, a vuestros padres y madres y a todos vuestros parientes la Bendición Apostólica.



LA IGLESIA

Organo oficial de la Arquidiócesis de Bogotá

Año VII. Vol. VII. Septbre. 1.º de 1912 Números 18 y 19

CIRCULAR

DEL

EXCELENTISIMO SEÑOR DELEGADO APOSTOLICO

A los Ilmos. y Rvdmos. Sres. Arzobispos y Obispos de Colombia

Sobre las Conferencias de San Vicente de Paúl

Ilustrísimos y Reverendísimos Señores:

Cuando la sociedad se desmorona, lo que puede salvarla no son ni palabras, ni leyes, ni obras aisladas; son instituciones poderosas que, resistiendo al impetu de las pasiones, a la inconstancia del espíritu humano y a la marcha de los acontecimientos adversos, producen en el fondo de ella una fuerza de resistencia, un movimiento de reacción contra las corrientes de olas demoledoras.

Así lo ha entendido siempre la Religión Cristiana en su celestial sabiduría. ¡Y cuántas repúblicas ha salvado del decaimiento y ruina por la acción regeneradora de institutos que oportunamente nacieron de su fecundísimo seno!